

Unidad 10

- La intersubjetividad

- 10.1 La apertura hacia el otro.
- 10.2 La intersubjetividad, constitutivo esencial del hombre.
- 10.3 Vida personal y vida social.
- 10.4 Lo interpersonal y lo social anónimo.
- 10.5 En busca de la autenticidad del hombre.

LA INTERSUBJETIVIDAD

ESQUEMA

I. La apertura hacia el otro

II. La intersubjetividad, constitutivo esencial del hombre

1. Dos premisas
2. La prueba

III. Vida personal y vida social

IV. Lo interpersonal y lo social anónimo

1. Lo interpersonal
2. Lo social anónimo: la gente.

V. En busca de la autenticidad del hombre

El hombre es el ser-en-el-mundo, que se relaciona con los demás hombres y se siente interpelado por el Absoluto. La filosofía del siglo XX ha acentuado la dimensión intersubjetiva del hombre. Es obligatorio hacer referencia al existencialismo. Lo mismo para Heidegger que para Ortega y Gasset, el hombre es el ser-en-el-mundo, (*In-der-Welt-Sein*)¹, (*Yo soy yo y mi circunstancia*)², y el mundo es su horizonte. La relación con el mundo es constitutiva y fundamental para todo hombre, porque de ella brotan todas las otras relaciones; esto nos introduce en el ámbito de las relaciones del hombre con los demás; no es cierto que el hombre está solo; se encuentra siempre en situación y en relación con el otro.

I. LA APERTURA HACIA EL OTRO

Todo hombre es uno, individual, intransferible; sin embargo, hay en el hombre un profundo afán de convivencia con los demás. De lo hondo de nosotros mismos emerge un ansia radical de compañía. Esta ansia de sociedad surge de lo que Ortega y Gasset ha llamado la «textura social» del hombre. En todo hombre hay un sentimiento de forzosa solidaridad con los demás que no sentimos hacia el animal, la planta o la piedra.

El fundamento de toda relación social se encuentra en la apertura al otro. «El hombre está *a nativitate* abierto al otro, al ser extraño; o con otras palabras, antes de que cada uno de nosotros cayese en la cuenta de sí mismo, había ya experimentado la presencia de otros “yo”: los Otros. El hombre es altruista»³.

Estar abierto hacia el otro es un estado permanente y constitutivo del hombre, previo a cualquier acción o relación social. Es una apertura constitutiva y, como tal, neutra. No se determina si está abierto hacia el bien o hacia el mal. El robar a otro o el sonreírle implica, anteriormente al hecho, una apertura hacia él. En la base de ambas acciones sociales o antisociales se encuentra la apertura como raíz común.

¹M. Heidegger, *Sein und Zeit*, § 12, pp. 71-80.

²J. Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, en *Obras completas*, vol. I, p. 322.

³Cfr. J. Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*, en *Obras completas*, vol. V, p. 61; *El hombre y la gente*, vol. VII, p. 150.

En la apertura hacia el otro se ve la aplicación de la fórmula orteguiana «yo y mi circunstancia». Sin esta apertura a la vida social con el otro, el yo permanece aislado⁴; el hombre se manifiesta como hombre solamente en la socialidad, siendo *altruista*. El significado del término hombre implica una existencia recíproca de un hombre hacia otro; por lo tanto, una *comunidad de hombres*, una *sociedad*. En esta apertura se encuentra el fundamento más profundo de la dimensión social del hombre.

II. LA INTERSUBJETIVIDAD CONSTITUTIVO ESENCIAL DEL HOMBRE

La inserción del hombre en la vida social es un hecho evidente que no se puede poner en duda. Se trata de ver cómo este hecho es intrínseco al hombre. Decir que el hombre es intrínsecamente social quiere decir que el hombre es social por naturaleza⁵.

«Queramos o no, en el fondo de cada hombre palpita un sentimiento de forzosa solidaridad con los demás, como una vaga conciencia de identidad esencial que no sentimos hacia una planta o un peñasco»⁶. «En cada hombre», por tanto, es algo universal. «Un sentimiento de forzosa solidaridad», por tanto, algo radicado en mí mismo. «Como vaga conciencia de identidad esencial», que brota de lo íntimo y une a todos los hombres. Si el hombre fuese un ser solo, que accidentalmente se encuentra en convivencia con los demás, los cambios sociales no se harían sentir en él; pero en cuanto es social en su constitución intrínseca, es transformado en su forma particular. El «sentimiento de forzosa solidaridad», «el ansia radical de compañía», son expresiones que están indicando un impulso intersubjetivo en el hombre.

⁴ Los filósofos, especialmente en el siglo XX, no han cesado de criticar la inconsistencia del razonamiento cartesiano basado en la analogía; la existencia del otro se me presentaría solamente a través de un juicio de la razón: *Meditationes de Prima Philosophia*, A.T., vol. VII, p. 32. Cfr. M. Buber, *Ich und Du*, en *Werke*, vol. I, München 1962; E. Levinas, *Totalité et infini. Essai sur l'extériorité*, Den Haag, La Haye 1961.

⁵ Dejo, por razones de espacio, el aspecto histórico del problema. Cfr. T. Hobbes, *Tratado del gobierno civil*; J. J. Rousseau, *Contrato social*.

⁶ J. Ortega y Gasset, *El genio de la guerra y la guerra alemana*, en *Obras completas*, vol. II, p. 202.

La dimensión intersubjetiva del hombre deriva de datos que se imponen por sí mismos:

Por su constitución físico-corpórea, el hombre depende largo tiempo de los padres y, llegado a adulto, tiene necesidad de los demás para conseguir los medios de supervivencia.

Por su dimensión espiritual, la aparición y el desarrollo de las facultades espirituales depende completamente de la unión con los demás hombres. El lenguaje conceptual es instrumento de intercambio cultural y eleva al hombre por encima de los demás animales. En consecuencia, el hombre alcanza su pleno desarrollo humano, físico y espiritual, solamente en relación con los demás.

El fundamento último de la dimensión intersubjetiva del hombre está en el hecho de que el ser del individuo tiene necesidad de un complemento; y el porqué de este complemento se encuentra en la esencia misma del hombre: espíritu encamado (forma-materia). Veamos la prueba que explica la necesidad del complemento.

1. Dos premisas

Primera premisa: es un dato evidente que todos los hombres son iguales en la esencia y tienden hacia la realización de los fines comunes propios de ella.

Segunda premisa: también es un dato evidente que, aun siendo iguales en la esencia, cada uno tiene sus particularidades, su individualidad peculiar, esto es, tiene una esencia humana individualizada por las facultades y disposiciones concretas; el espíritu está encamado en una materia concreta.

2. La prueba

a) *El hombre es espíritu finito: espíritu encarnado.*

b) *El espíritu humano tiene una capacidad superior a la materia, entiende la verdad y el valor, descubre las leyes del cosmos y, basado*

en ellas, construye una cultura, tiende al Absoluto con el dinamismo interno de la inteligencia y la voluntad. En esta aspiración hacia el valor y la cultura, como consecuencia de la espiritualidad, el hombre alcanza la plenitud de la existencia humana.

c) El espíritu humano está encarnado y obra solamenté en unión con el cuerpo, pero la capacidad de obrar de la materia es más limitada que la del espíritu. En conclusión, para que el espíritu pueda alcanzar los valores hacia los cuales tiende, necesita un complemento.

d) Este complemento es la colaboración entre los hombres, y su fundamento se encuentra en la esencia misma del hombre. En efecto, siendo la esencia humana espíritu encarnado, recibe la individualidad de las facultades y disposiciones concretas; el espíritu está encarnado en una materia concreta (cfr. premisa n. 2).

e) Por eso, para que el hombre pueda alcanzar los fines intrínsecos comunes a su esencia (Cfr. premisa n. 1) necesita la colaboración de los demás hombres, ofreciendo cada uno la propia individualidad.

En conclusión, podemos resumir así: todos los hombres, dada su igualdad esencial, tienden hacia fines y valores comunes, en cuya realización consiste la perfección humana. Cada uno de los hombres en particular está, sin embargo, configurados de modo diverso, dada su individualidad. El individuo particular no puede alcanzar los fines generales comunes a causa de las limitaciones de su propia individualidad; por tanto necesita de la colaboración de los demás hombres para que, enriquecido con su ayuda, pueda superar los propios límites y alcanzar la perfección humana.

III. VIDA PERSONAL Y VIDA SOCIAL

En el ámbito de mi vida encuentro minerales, vegetales, animales y otros hombres, realidades irreducibles entre sí y, por tanto, auténticas. La actitud del hombre hacia cada una de ellas es diferente. Mi acción hacia la piedra o el vegetal me deja indiferente. No perciben mi presencia ni corresponden con una acción análoga a la mía; es una relación unilateral. La piedra es para mí piedra, pero yo no existo para la piedra. No es posible hablar aquí de fenómenos sociales. Hacia el animal, la situación es distinta. El existe para mí y

yo existo para él; se da entre los dos una coexistencia, pero ni siquiera aquí se llega al fenómeno social. Ni siquiera la reciprocidad entre los animales puede considerarse sociedad; a fin de cuentas la palabra sociedad, cuando se habla de «sociedad humana», tiene un sentido específicamente distinto que cuando se habla de «sociedad animal».

La sociabilidad, en sentido estricto, es propia del hombre y se excluye tanto del mundo infrahumano como del sobrenatural. Los animales se organizan en formas de vida comunes siguiendo el propio instinto; algunos, como las abejas, alcanzan un alto nivel de colaboración «social». Sin embargo, cada uno de los componentes de la «sociedad animal», está ya predispuesto por la naturaleza hacia este conjunto «social»; la función del individuo en el grupo forma parte del instinto; se puede hablar de sociedad sólo en sentido análogo. Por lo que se refiere a los seres sobrenaturales, no tienen naturaleza social en sentido humano; cada uno está dotado de todo lo necesario para alcanzar los propios fines esenciales; cada ángel es una esencia específica.

Frente al otro hombre, surge la novedad de encontrarse delante de alguien que tiene una opinión sobre mí, que me conoce como hombre. Su respuesta no es parcial ni limitada como la de los animales; el otro hombre es capaz de responderme de la misma manera que yo a él; con el otro hombre hay una clara reciprocidad, un verdadero trato social. «Lo social nos aparece adscrito sólo a los hombres»⁷. El «otro» se revela o se manifiesta, su presencia es totalmente distinta de la de las cosas objetivas que están allí, fuera. El otro irrumpe en mi existencia mediante la epifanía del rostro.⁸

Dentro de mi vida personal, que es siempre la de un yo, encuentro minerales, vegetales, animales y otros hombres. Si se excluyen del ámbito social los tres primeros, quedan sólo los hombres; ahora bien, a los hombres no sólo los veo como personas individuales similares a mí, sino que los encuentro unidos en un conjunto que es distinto de cada uno de ellos; a este conjunto lo llamamos

⁷ J. Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, en *Obras completas*, vol. VII, p. 74.

⁸ E. Levinas, *Totalité et infini. Essai sur l'extériorité*, p. 37.

«sociedad».

IV. LO INTERPERSONAL Y LO SOCIAL ANONIMO

1. Lo interpersonal: nosotros, tú, yo

Lo interpersonal es el conjunto de las relaciones que el yo personal establece, libre y responsablemente, con los otros hombres. Este conjunto de relaciones interpersonales forman la convivencia humana, que es una actividad interindividual y pertenece a la vida personal. Por convivencia se entiende la relación entre dos vidas personales; en ella hay siempre una persona que obra sobre otra persona; por ejemplo, el padre, como individuo concreto, se dirige hacia el hijo, que es otro individuo determinado.

Para que se dé la convivencia es necesario ir más allá del altruismo básico y obrar hacia otro y recibir su respuesta, dando así origen a una nueva realidad que es el *nosotros: unus et alter*, yo y él juntos formamos una nueva realidad. El *nosotros* es la primera forma de relaciones concretas con el otro y, por tanto, la primera relación interpersonal.

Al formar esta nueva realidad del *nosotros*, nos conocemos. Esto significa que el otro, hasta ahora un hombre indeterminado, comienza a destacarse de los otros. Cuando la relación con el otro alcanza un alto nivel de comprensión, la llamamos *intimidad*. El otro llega a ser para mí prójimo, inconfundible; no es un otro cualquiera. Entonces el otro es para mí un *tú*. El *tú* es un hombre único, inconfundible. En el ámbito de la convivencia que constituye la relación *nosotros*, es donde aparece el *tú*.

La relación de mi yo con el tú, me descubre como yo. El yo es lo último que aparece. Sé que soy yo después y como consecuencia de haber conocido al *tú*. No se descubre el tú como un «alter ego», sino que me descubro a mí mismo como un «alter tu».

En la relación interpersonal el vínculo de unión es el amor. Se constituye así una relación fuerte e íntima donde el genuino altruismo crece sin dificultad. El yo se abre al prójimo afirmando, al mismo

tiempo, la propia objetividad frente al tú. En la relación interpersonal el altruismo, en vez de vaciar nuestra persona proyectándola hacia el exterior, la interioriza y perfecciona llegando a ser consciente de los propios valores personales.

2. *Lo social anónimo: la gente*

La vida interpersonal se forma por los actos que cada uno de nosotros realiza libre y voluntariamente, sabiendo por qué los realiza y qué sentido les da. Lo social anónimo, en cambio, es un tejido de actividades que realizamos como autómatas, no libremente, sino porque la «gente» lo hace. ¿Quién es la gente? Todos y nadie en concreto⁹.

Lo social anónimo consiste en acciones y comportamientos humanos, pero no es un comportamiento personalizado, sino que aparece en tanto en cuanto estamos en relación con otros hombres anónimamente. Acciones como el saludo, la lengua, el vigilante que nos impide en cierto momento atravesar la calle son, por un lado, humanas pues consisten en comportamientos intelectuales, y por otro lado, ni se originan en la persona o individuo, ni éste los quiere, ni los hace libremente, y muchas veces ni siquiera los entiende. Aquellas acciones nuestras que hacemos por cuenta de un sujeto impersonal, que es «todos» y «nadie», y que llamamos la «gente», la sociedad, son los fenómenos propiamente sociales. Fenómenos que aparecen en nuestra vida personal, pero que no nacen del amor. Su fuerza unitiva es más bien la *utilidad*, el interés.

Entre los fenómenos sociales, los más típicos son: el saludo, la lengua, las opiniones, las formas de educación. Lo que decimos porque *se dice* y lo que hacemos porque así *se hace*, se llama hábito, costumbre (uso), y los fenómenos sociales son costumbres. Por eso, con relación a sus características, nos encontramos frente a acciones: a) que ejecutamos en virtud de una presión social; b) cuyo preciso contenido, esto es, lo que en ellas hacemos, nos es ininteligible; y c) que son realidades impersonales.

El carácter fundamental es el segundo. Al seguir las costumbres nos comportamos como autómatas, nadie es sujeto creador, responsa-

⁹ Cfr. J. Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, en *Obras completas*, vol. VII, p. 1285

ble y consciente de esos actos. El comportamiento social puede llegar a ser alienación y despersonalización del hombre. Es hacerse a sí mismo un «*se*», haciendo lo que la «gente» hace, pensando como «la sociedad», diciendo «lo que *se* dice». Salvar al hombre de ciertas servidumbres sin salvarle, al mismo tiempo, de esta despersonalización, de esta pérdida de sí mismo que representa el «espíritu de masa», sin enseñarle a ser él mismo, a atreverse a serlo, a poder serlo, es un trabajo inútil. Cada cual siente, más o menos violentamente y de modo más o menos duradero, el deseo de evadirse de la sociedad, no tanto yendo a vivir a otro lado, sino viviendo de modo más personal.

V. EN BUSCA DE LA AUTENTICIDAD DEL HOMBRE

El individuo tiene dos posibilidades para salvarse: modificar la sociedad en la cual vive para que su vida resulte posible en ella, o averiguar cuáles son las formas que la sociedad le propone y que él puede hacer propias; qué palabras puede decir como propias, qué posturas, qué actividades, etc., responden a su personalidad. Todo lo que hacemos a título anónimo como miembros de la sociedad, lo hacemos más o menos mecánicamente. Para transformar tales acciones en actos libres y auténticos, tenemos que someterlos al control de nuestra vida personal, íntima. Sólo de este modo la acción será mía, es decir, de un sujeto individual, consciente y libre.

Es bajo esta perspectiva como se encuentran en la sociedad los caracteres positivos que redimen su inautenticidad. Lo social anónimo produce en el individuo algunos efectos positivos:

1. Hace posible la cuasi-convivencia con el otro, porque las costumbres nos permiten prever la conducta de los otros individuos que no conocemos.

2. Obliga al individuo a progresar haciendo tesoro del pasado. La sociedad almacena el pasado y se sirve de él.

3. Al automatizar gran parte de la conducta de la persona en el campo utilitario, le permite concentrar su vida personal y creadora en otras direcciones, favoreciendo así el progreso y la creatividad.

Ferdinand Tönnies distingue «comunidad» y «sociedad»¹⁰. Ortega, «relaciones interpersonales» y «relaciones sociales»¹¹. Aquí hemos hablado de «interpersonal» y de «social anónimo». El principio de fondo es el mismo: en la comunicación con el otro puedo crear una relación social íntima que no me despersionaliza o una relación social anónima que me despersionaliza.

Permanece, sin embargo, la cuestión, ¿es cierto que el hombre encuentra en lo social un peligro constante de vida no auténtica? Los autores antes mencionados y, en general, todos los existencialistas, pretenden resolver los peligros de la socialización con una llamada a la vida personal auténtica, a la interiorización. La fórmula podría aceptarse si significa una advertencia sobre la necesidad de interiorizar y personalizar, por asimilación consciente y libre, la vida social; 'pero resulta problemática si significa un apartamiento de lo social, para encerrarse en un individualismo exagerado, en el fondo destructor de la personalidad que pretende salvar. Está bien que se rechacen elementos sociales inauténticos, pero no que se rehuya todo lo social. Individuo y sociedad, si se funden mediante la participación, no son extraños ni contrapuestos el uno a la otra¹⁰.

El hombre, como ser finito, individual e imperfecto, tiene necesidad de complementarse actuando el dinamismo dramático de su ser. Para perfeccionarse necesita de los demás hombres y se da a ellos mediante el conocimiento, el amor..., hallando así su complemento. Pienso que sólo en la sociedad se desarrollan los valores más sublimes de la vida personal espiritual: el conocimiento y el amor. Darse espiritualmente no es empobrecerse sino enriquecer el propio ser hombre. «Cuanto más nos abrimos a los otros, tanto más profundizamos en nuestra interioridad. Existe una apertura al exterior que es solamente exterior. Existe, sin embargo, otra apertura al exterior que nos interioriza, cuando este exterior está dotado de interioridad, de subjetividad»¹¹. Es cierto que, siendo el hombre libre, es capaz de orientar su actividad y realizar su vocación de modo auténtico o inauténtico.

¹⁰ K. Wojtyła, *The acting person*, p. 276.

¹¹ J. De Finance, *Atti del sesto convegno di studi filosofici cristiani*, Gallarate, 1950, p. 228.

Solamente si se considera al hombre como un ser espiritual estable, aunque dinámico, se puede comprender bien por qué la dimensión social le es esencial. El espíritu finito encamado, en cuanto *espíritu*, es capaz de estar abierto al otro en un recíproco intercambio de bienes, donados y recibidos por medio del conocimiento y el amor; y en cuanto espíritu *encarnado* y *finito*, necesita de la ayuda de los demás para lograr realizar plenamente su vocación humana.